

## ***La B.V. Santa María, Divina Pastora de las almas, Madre de la Iglesia, en nuestro camino de santidad:***

### ***La catequesis litúrgico-pastoral mariana desde la Exhortación Apostólica Gaudete et Exsultate, sobre la vocación a la santidad en el mundo contemporáneo.***

#### **Introducción**

*¡Divina Pastora, Madre de la Iglesia condúcenos a la santidad!* es el lema central escogido por la Comisión Central Arquidiocesana para la ruta de la imagen de la Divina Pastora correspondiente al Año Litúrgico 2018-2019 que se va a celebrar el próximo 14 de enero desde la Parroquia Santa Rosa hasta la Catedral. Este lema acompaña la catequesis litúrgica pastoral para la preparación de este evento religioso en las parroquias, movimientos, grupos de apostolado, pastoral, comunidades religiosas en general y de toda la feligresía. Se fusionan en este lema dos acontecimientos espirituales y pastorales importantes: la publicación del documento sobre la vocación a la santidad en el mundo contemporáneo: *Gaudete et Exsultate* del Papa Francisco y la disposición oficial del Decreto Pontificio sobre la celebración de la Memoria Obligatoria de *María Madre de la Iglesia* para cada lunes después de la Solemnidad de Pentecostés. Vamos con María a recorrer este camino espiritual y pastoral sobre el sentido de la Santidad hoy.

#### **La B.V. María, es Santa? Por qué?**

Pensar en la B.V. María inmediatamente nos hace pensar en que Ella, la Madre de Dios, vivió santamente en su vida terrenal y ahora gloriosamente asunta a los cielos sigue viviendo la santidad que Dios que es santo nos trasmite a cada creyente bautizado cristiano. La Iglesia Católica nos dice que María es Santa porque su: «*resplandeciente santidad del todo singular*» de la que ella fue «*enriquecida desde el primer instante de su concepción*» (LG 56), le viene toda entera de Cristo: ella es «*redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo*» (LG 53).

Su santidad y maternidad espiritual se extienden a todos los miembros de la Iglesia, el Cuerpo Místico de Cristo, en especial con la advocación de Divina Pastora que acoge y expresa el significado profundo religioso, pastoral, cultural y social de nuestra querida Arquidiócesis de Barquisimeto.

#### **¿Pero qué significa ser santo?**

En nuestras celebraciones litúrgicas el texto del *Misal Romano* exalta al Dios tres veces Santo; también se proclama a Cristo, «*solus sanctus*» e igualmente se celebra la memoria de los santos a lo largo del Año Litúrgico. Nosotros hablamos también de los santos Evangelios, de la semana santa; y estamos además llamados a ser santos. La voz semítica *qódes*, cosa santa, santidad, derivada de una raíz que significa «*cortar, separar*», de lo que es profano, de lo que no es el Dios único que se ha revelado como el Santo.

#### **¿Por qué Dios es Santo?**

Dios e Santo y se muestra tal cual Él es: Santo. En el Antiguo Testamento podemos ver que el hombre no puede acceder a Dios por su propia cuenta. La santidad de Dios es inaccesible al hombre. El nombre de Dios es inenarrable, la presencia de Dios es invisiblemente visible en sus manifestaciones. Para que éste la reconozca es preciso que Dios «se santifique», es decir, «se muestre santo», mostrando su gloria. Creación, teofanías, pruebas, castigos y calamidades (Núm 10,1-13; Ez 38. 21ss), pero también protección milagrosa y liberaciones inesperadas revelan en qué sentido es Dios santo (Ez 28,25s). (Xavier León Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, voz: *Santo*). Por esto Dios quiere ser santificado, a su vez santifica y comunica la santidad al pueblo de Israel que debe santificarse. Es con Jesús el Santo que Dios se manifiesta plenamente por lo cual Cristo santifica a sus discípulos y a todos los cristianos.

### **El Hijo con el Padre nos envía el Espíritu Santo para ser santos.**

La palabra santo no era normalmente empleada de forma absoluta en el AT; estaba reservada a los elegidos de los tiempos escatológicos. En el NT designa en general a los cristianos. Primero fue atribuida a los miembros de la comunidad primitiva de Jerusalén y en especial al pequeño grupo de Pentecostés (Hech 9,13; 1Cor 16,1; Ef 3,5), posteriormente fue extendida a los hermanos de Judea (Hech 9,31-41) y luego a todos los fieles (Rom 16,2; 2Cor 1,1; 13,12).

### **¿Cómo ser santo?**

En efecto, por el Espíritu Santo el cristiano participa de la misma santidad divina. Formando los cristianos la verdadera «nación santa» y el «sacerdocio regio», constituyendo el «templo santo» (1Pe 2,9; Ef 2,21), deben tributar a Dios el culto verdadero, ofreciéndose con Cristo en «sacrificio santo» (Rom 12, 1; 15,16; Flp 2,17). (Xavier León Dufour, *Vocabulario de Teología Bíblica*, voz: *Santo*). Esto significa escoger un camino de vida santa rompiendo con el pecado (1Tes 4,3), y participando de sus sufrimientos y de su muerte para llegar a la resurrección (Flp 3,10-14). Así se ira formando, construyendo la ciudad de Dios, es decir el Reino de Dios en el mundo, ciudad santa a la espera del Santo» (Ap 21,2), en la que florecerá el árbol de vida y de la que será excluido todo lo que es impuro y profano (Ap 21-22; cf. Zac 14,20s); y el Señor Jesús será glorificado en sus santos (2Tes 1,10. 2,14).

### **¿Quiénes son los santos?**

Es santa toda persona que lleva una vida de unión con Dios con la gracia de Jesucristo y que recibe el premio de la vida eterna. Por esto podemos llamar la Iglesia con el nombre de la comunión de los santos, es decir de las personas santas (Catecismo de la Igl. Cat., nn. 823, 946; cfr. 828).

### **¡Divina Pastora, Madre de la Iglesia condúcenos a la santidad!**

Esta presentación teológico-pastoral y catequética quiere poner en evidencia el sentido de filiación continua propiamente mariológica y eclesiológica que contiene escondida y entre líneas, es decir el sentido continuo que ocupa la presencia pneumatológica de la Virgen María en el texto del documento del Papa Francisco, más que las referencias propias sobre Ella. El mismo Francisco en otra circunstancia recientemente ha dicho: «*María vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús:*

*es la santa entre los santos, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña».* (Este fue el tweet publicado el viernes por el Papa Francisco en su cuenta de Twitter @Pontifex. 18/5/2018).

La lectura mariológica y eclesiológica quiere responder a uno de los propósitos propios del tiempo post concilio que estamos viviendo: la renovación pastoral de la Iglesia, recuperando su esplendor inicial desde la experiencia de las comunidades apostólicas evangélicas que gozaron de la presencia terrenal de Nuestra Señora y empezaron a beneficiarse de su presencia celestial. Esta es la continuidad que el Espíritu que es Santo ha promovido iniciando en María y después como María y con María su acción transformadora en la construcción del Reino de Dios por la obra redentora de Nuestro Señor Jesucristo. Aunque no fuera la intención explícita del sumo pontífice, es bastante fácil descifrar esta fibra mariológica mariana transversal propia de Francisco a lo largo de la Exhortación Apostólica: *«Gaudete et Exsultate»*, debido al tema profundamente espiritual, pastoral y eclesial que contiene y a las características personales del autor que como sucesor de Pedro nos guía por tierras escabrosas y llanas en el desierto hacia la tierra prometida junto a nuestra *Mamita del cielo*.

En seguida presentamos el índice del documento en sus subdivisiones, contenidos y en cada parte la interpretación catequética y mariológica del texto de Francisco:

## **Presentación general del documento del Papa Francisco**

El Papa Francisco se dirige a los destinatarios de la Exhortación Apostólica:

N. 1 y 2. *«Alegraos y regocijaos»* (Mt 5,12), dice Jesús a los que son perseguidos o humillados por su causa. (...) El Señor nos quiere santos y no espera que nos conformemos *con una existencia mediocre, aguada, licuada*. (Estas citas numeradas corresponden cada vez al numeral correlativo del texto de la Exhortación Apostólica GE con reproducción parcial del documento original). Es una invitación general para todos los creyentes fieles de Cristo: *«Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo (cf Ef 1, 22), contribuyen a la edificación de la Iglesia mediante la constancia de sus convicciones y de sus costumbres. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles (cf LG 39), «hasta que lleguemos al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo» (Ef 4, 13), (Catecismo de la Iglesia Católica n.2045).*

Es el llamado a una revisión profunda en estos tiempos de crisis y purificación a redescubrir y valorar la condición de vida cristiana cotidiana como camino de santidad llamados a la santificación desde su estado de vida:

*«En el agua del bautismo, hemos sido «lavados [...] santificados [...] justificados en el Nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios» (1 Co 6, 11). A lo largo de nuestra vida, nuestro Padre «nos llama a la santidad» (1 Ts 4, 7) y como nos viene de Él que «estemos en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros [...] santificación» (1 Co 1, 30), es cuestión de su Gloria y de nuestra vida el que su Nombre sea santificado en nosotros y por nosotros. Tal es la exigencia de nuestra primera petición. « ¿Quién podría santificar a Dios puesto que Él santifica? Inspirándonos nosotros en estas palabras «Sed santos porque yo soy santo» (Lv 20, 26), pedimos que, santificados por el bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser. Y lo pedimos todos los días porque faltamos diariamente y debemos purificar nuestros pecados por una santificación incesante [...] Recurrimos, por tanto, a la oración para que esta santidad permanezca en nosotros» (San Cipriano de Cartago, *De dominica Oratione*, 12), (Catecismo de la Iglesia Católica n. 2813).*

## Catequesis mariológica de la presentación

Cuando el Ángel en el Evangelio de Lucas le habla a María en Nazaret, le dice: «*Alégrate*», y de forma equivalente luego le repite: «*no tengas miedo*», fórmula propiamente mesiánica de los profetas (Sofonías, 3,14; Zacarías 9,9; Lc 1, 28-30), para indicar la realización en Ella de las promesas de la llegada del Mesías y la realización personal de María que es la llena de gracia y la favorecida por Dios, como la Iglesia naciente.

El Catecismo define la santidad de María de la siguiente manera:

N. 492: Esta «resplandeciente santidad del todo singular» de la que ella fue «enriquecida desde el primer instante de su concepción» (LG 56), le viene toda entera de Cristo: ella es «redimida de la manera más sublime en atención a los méritos de su Hijo» (LG 53). El Padre la ha «bendecido [...] con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo» (Ef 1, 3) más que a ninguna otra persona creada. Él la ha «elegido en él antes de la creación del mundo para ser santa e inmaculada en su presencia, en el amor» (cf. Ef 1, 4). Con razón la definición de la relación entre María y el Espíritu Santo se puede entender como una totalidad, una plenitud de presencia y acción en ella así como en general opera en las facultades del hombre (Catecismo de la Iglesia Católica n. 1813).

N. 493: Los Padres de la tradición oriental llaman a la Madre de Dios «la Toda Santa» (Panaghia), la celebran «como inmune de toda mancha de pecado y como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo» (LG 56). Por la gracia de Dios, María ha permanecido pura de todo pecado personal a lo largo de toda su vida.

Por esto la pureza inmaculada de María como primera redimida por Cristo desde su concepción, anticipa la pureza inmaculada y santa de la Iglesia toda, de todos los creyentes que se esfuerzan todavía en vencer el pecado para crecer en la santidad: La Iglesia en la Santísima Virgen llegó ya a la perfección, sin mancha ni arruga... en ella, la Iglesia es ya enteramente santa, (Catecismo de la Iglesia Católica n. 829).

En María la Iglesia celebra su misterio junto al de Cristo, celebra la plenitud de la persona humana redimida por Cristo y justificada por Él y llena al mismo tiempo del Espíritu Santo. María virgen, esposa y madre es, *in nuce*, es decir en su esencia, la misma Iglesia donde se realizan la misión del Hijo y la misión del Espíritu Santo (Catecismo de la Iglesia Católica n. 485; 689-690). Por esto ella es madre de la cabeza Cristo y de los miembros de su cuerpo místico por obra y gracia del Espíritu Santo, es nuestra madre en el Espíritu, es la madre toda santa de la Iglesia que es santa.

Desde el comienzo María, primera Iglesia, acoge la misión del Espíritu Santo en su corazón para la santificación de la Iglesia empezando desde ella y con ella: «*Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia*» (LG 4). *Es entonces cuando «la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del Evangelio entre los pueblos mediante la predicación»* (AG 4). *Como ella es «convocatoria» de salvación para todos los hombres, la Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos* (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6), (Catecismo de la Iglesia Católica n.767). La santidad de María se realiza en su virginidad, esponsalidad y maternidad por obra de la gracia y la acción del Espíritu Santo, siendo así modelo que tipifica a toda la Iglesia de Cristo, le da su semblante y su rostro maternal y virginal desde la intimidad esponsal

María es santa, como toda la Iglesia es santa en la comunión de los santos, (Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 670, 824-25, 867, 1986). La misma fórmula «*No tengas miedo*» es decir

«Alégrate» la aplica Mateo en el texto Mt 1, 20 relacionada a San José, comprometido con María. Es el ambiente familiar de Nazaret el primer punto de referencia mariológica y eclesiológica de la familia Iglesia Doméstica.

En la familia de Nazaret se cultivan los valores de la cotidianidad en Cristo, de las relaciones familiares, entre dificultades y desafíos constantes de un camino o proceso de santificación constante entre los cónyuges y en su tarea como padres y educadores de la fe.

De la misma manera se santifican las familias en la Iglesia Familia de Dios (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 824 y 827) y en la Iglesia Pueblo de Dios Santo, nuevo Israel: *«El Pueblo de los «pobres» (cf. So 2, 3; Sal 22, 27; 34, 3; Is 49, 13; 61, 1; etc.), los humildes y los mansos, totalmente entregados a los designios misteriosos de Dios, los que esperan la justicia, no de los hombres sino del Mesías, todo esto es, finalmente, la gran obra de la Misión escondida del Espíritu Santo durante el tiempo de las Promesas para preparar la venida de Cristo. Esta es la calidad de corazón del Pueblo, purificado e iluminado por el Espíritu, que se expresa en los Salmos. En estos pobres, el Espíritu prepara para el Señor «un pueblo bien dispuesto» (cf. Lc 1, 17), (Catecismo de la Iglesia Católica n. 716).*

María la pobre esclava del Señor es la elegida de la estirpe de Israel que con su fe y humildad promueve la acción del Espíritu Santo en su vida.

## **CAPÍTULO PRIMERO. EL LLAMADO A LA SANTIDAD**

Hay muchos tipos de santos. Además de los santos oficialmente reconocidos por la Iglesia, muchas más personas corrientes están escondidas de los libros de historia y aun así, han sido decisivas para cambiar el mundo. Incluyen a muchos cristianos cuyo martirio es un signo de nuestro tiempo. *«Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio.»* La santidad es vivir los misterios de la vida de Cristo y de la vida de la Iglesia, *«morir y resucitar constantemente con él,»* y reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor. *«Permite al Espíritu Santo que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy,»* en la misión de construir el reino de amor, justicia y paz universal.

El numeral 10 de este capítulo aclara el sentido de su contenido: *«Lo que quisiera recordar con esta Exhortación es sobre todo el llamado a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, ese llamado que te dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo.»*

El llamado a la santidad tiene su origen en Dios que es El Tres Veces Santo que nos quiere participes de su santidad así como lo celebramos en la liturgia que es para la santificación de la humanidad: *«La palabra «Liturgia» en el Nuevo Testamento es empleada para designar no solamente la celebración del culto divino (cf. Hch 13,2; Lc 1,23), sino también el anuncio del Evangelio (cf. Rm 15,16; Flp 2,14-17. 30) y la caridad en acto (cf. Rm 15,27; 2 Co 9,12; Flp 2,25). En todas estas situaciones se trata del servicio de Dios y de los hombres. En la celebración litúrgica, la Iglesia es servidora, a imagen de su Señor, el único «Liturgo» (cf. Hb 8,2 y 6), al participar del sacerdocio de Cristo (culto), de su condición profética (anuncio) y de su condición real (servicio de caridad)»*, (Catecismo de la Iglesia Católica n. 1070). Por esto el llamado a la santidad de mariano se hizo universal con el sí de María en la Anunciación. Todos estamos llamado a la santidad de la vida sencilla y cotidiana es decir ordinaria tal como lo vivió María en su vida escondida en la alegría de Nazaret y que después se entremezcló con el acompañamiento dramático desde Galilea hasta el

Calvario y luego gozosa en el Cenáculo de Pentecostés. María la mujer sencilla del Pueblo de Dios nos indica un modelo y un método de santidad en el pueblo de Dios y la familia. Francisco lo recuerda en el numeral 7:

N.7. *«Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», [o], la clase media de la santidad».*

En el numeral 12 el Papa nos habla de las mujeres recordando sin decirlo a Isabel y María, dos mujeres santas porque llenas del Espíritu Santo: *«Bendita tú entre las mujeres y Bendito es el fruto de vientre Jesús»* (Lc 1, 41-42): *«Quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, aun en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia».*

En esta numeral no podemos no pensar que Francisco no piense en María como modelo inspirador de la mujer universal de todas las razas y culturas, clase social, presente en el corazón de una cultura cristiana inculturada, María siempre en la búsqueda personal de vivir la gracia del encuentro con el Señor.

En el punto 14 retoma el tema de la santidad familiar, laboral y ocupacional de la misma manera como lo hicieron María, José y el Niño: *«¿Estás casado? Sé santo amando y ocupándote de tu marido o de tu esposa, como Cristo lo hizo con la Iglesia. ¿Eres un trabajador? Sé santo cumpliendo con honradez y competencia tu trabajo al servicio de los hermanos. ¿Eres padre, abuela o abuelo? Sé santo enseñando con paciencia a los niños a seguir a Jesús. ¿Tienes autoridad? Sé santo luchando por el bien común y renunciando a tus intereses personales».*

Otra relación mariológica lo podemos encontrar en el punto n. 34 que nos dice: *«No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos».* El Ángel le dice a María *Alégrate*, por ser un llamado a la santidad plena y la invita a no tener miedo en aceptar su dignificación plena por obra del Espíritu Santo como la madre de Dios y madre nuestra.

## **CAPÍTULO SEGUNDO. DOS SUTILES ENEMIGOS DE LA SANTIDAD**

A pesar de la doctrina de la Iglesia siempre han existido errores y desviaciones de la Verdad que llevan a una pérdida de la fe en Cristo. El gnosticismo y el pelagianismo, son dos «falsificaciones de la santidad» que surgieron en los primeros siglos cristianos, y que siguen siendo engañosas. Estas herejías proponen «un inmanentismo antropocéntrico disfrazado de verdad católica» al exagerar la perfección humana desconectada de la gracia. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe sino que nos toma y transforma de una forma progresiva. Esto significa privar al Evangelio de su sencillez fascinante y su sal, y lo reduce a un proyecto que deja poco espacio a la obra de la gracia y se transforma en meramente un hecho humano sin la participación divina que promueve la nuestra.

La búsqueda de la santidad nos presenta enemigos, dificultades y tentaciones, pruebas de fidelidad. Este segundo capítulo nos muestra en especial según el papa Francisco estos dos enemigos del camino de santificación: el gnosticismo y el pelagianismo, dos tendencias o confusiones, con nombre y apellido, que comúnmente pueden crear una desviación que conduce al error y a la pérdida de la santidad. El catecismo nos recuerda cuál es su fuente original en nuestro corazón y mente:

*«La primera obra de la gracia del Espíritu Santo es la conversión, que obra la justificación según el anuncio de Jesús al comienzo del Evangelio: «Convertíos porque el Reino de los cielos está cerca» (Mt 4, 17). Movido por la gracia, el hombre se vuelve a Dios y se aparta del pecado, acogiendo así el perdón y la justicia de lo alto. «La justificación no es solo remisión de los pecados, sino también santificación y renovación del interior del hombre» (Concilio de Trento: DS 1528, en el Catecismo de la Iglesia Católica n. 1989). El hombre no puede por sí mismo alcanzar la santidad: es fruto de la acción y presencia del Espíritu Santo en cada uno de nosotros:*

*«El Espíritu Santo es el maestro interior. Haciendo nacer al «hombre interior» (Rm 7, 22; Ef 3, 16), la justificación implica la santificación de todo el ser:*

*«Si en otros tiempos ofrecisteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y al desorden hasta desordenaros, ofrecedlos igualmente ahora a la justicia para la santidad [...] al presente, libres del pecado y esclavos de Dios, fructificáis para la santidad; y el fin, la vida eterna» (Rm 6, 19. 22)», (Catecismo de la Iglesia Católica n. 1995).*

Por esta razón solo hay una manera para medir el avance del camino de la santificación o su posible retroceso, aun cuando creemos que lo estamos viviendo. Por eso el Papa Francisco habla de sutiles enemigos. La sutileza implica la astucia del enemigo, la facilidad al engaño, la incapacidad de diferenciar lo que es de Dios y lo que no le pertenece al camino de Dios. Eso fue lo que le pasó a Eva frente a la tentación de la serpiente: *«la serpiente era el más astuto de todos los animales del campo» (Gen 3, 1) y «como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para lograr sabiduría, tomó de su fruto y lo comió. Después dio también a su marido, que igualmente comió» (Gen 1, 6).* Francisco explica sencillamente que hay una sola manera para medir el verdadero camino tomado que conduce a la santificación:

N. 37: **«Gracias a Dios, a lo largo de la historia de la Iglesia quedó muy claro que lo que mide la perfección de las personas es su grado de caridad, no la cantidad de datos y conocimientos que acumulen».** El gnosticismo y el pelagianismo contienen su propio auto engaño:

N. 37. *«Los «gnósticos» tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas».*

N. 49. *«Los que responden a la mentalidad pelagiana o semipelagiana, aunque hablen de la gracia de Dios con discursos edulcorados «en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico».*

En el fondo es el pecado contra las virtudes teologales dones del Espíritu Santo que son: la fe, la esperanza y la caridad; la fe por su incredulidad y dudas voluntarias en el único camino de salvación que es la gracia de la justificación de Cristo (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 2087-89), la esperanza por su desesperación y presunción (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 2091-92), y la caridad por su indiferencia, ingratitud, tibieza, pereza espiritual que llevan al odio a Dios (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 2093-94). Todo esto nos lleva a falta general en la generosidad, la prontitud, la respuesta afirmativa y perseverante al llamado de la gracia por acción y presencia del Espíritu en nosotros. Es decir somos víctimas de nuestro orgullo como Adán y Eva:

N. 50. «*La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe. Pretenderlo sería confiar demasiado en nosotros mismos*».

Fundamentalmente la consecuencia es una esterilidad espiritual progresiva, formal que como se decía anteriormente puede llevar a una pérdida de valores morales y por consecuencia de testimonio verdadero. El Papa Francisco denuncia una de las situaciones principales que pueden afectar a la Iglesia en su vitalidad, renovación y fuerza evangelizadora:

N. 58. «*Muchas veces, en contra del impulso del Espíritu, la vida de la Iglesia se convierte en una pieza de museo o en una posesión de pocos. Esto ocurre cuando algunos grupos cristianos dan excesiva importancia al cumplimiento de determinadas normas propias, costumbres o estilos. (...) Es quizás una forma sutil de pelagianismo [i] afecta a grupos, movimientos y comunidades, y es lo que explica por qué tantas veces comienzan con una intensa vida en el Espíritu, pero luego terminan fosilizados... o corruptos*».

N. 60. «Es sano recordar frecuentemente que existe una jerarquía de virtudes, que nos invita a buscar lo esencial. El primado lo tienen las virtudes teologales, que tienen a Dios como objeto y motivo. Y en el centro está la caridad».

María, por su lado, es la *llena de gracia*, según la define el Ángel de Dios en la Anunciación (Lc 1, 28). Es la primera justificada por Cristo desde su concepción, la primera redimida, la que vive la gracia de la resurrección gloriosa de su cuerpo y alma y vive su misión maternal celestial en la gloria de Dios y en la comunión de los santos (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 411, 490-91, 493, 722-26).

El Espíritu Santo obra en ella en un camino progresivo de perfección, es decir de perfección en perfección en su camino de fe, esperanza y caridad: preparándola y concibiéndola sin pecado (n, 722), realizando en ella el designo de Dios como virgen fecunda (723), manifestando en ella el Hijo del Padre, como nueva zarza ardiente (724), poniendo en comunión con Cristo a los hombres por medio de ella (725), convirtiéndola en la Nueva Eva, madre de los vivientes, Madre del Cristo total, es decir en madre de la Iglesia en Pentecostés (726). Hay una pedagogía de Dios en el camino de la santificación (Catecismo de la Iglesia Católica nn. 53, 708, 1950, 1964), y en María de manera singular anticipando en ella lo que va a ocurrir con toda la Iglesia redimida y gloriosa al final de los tiempos. Por esto María es la que nos muestra el camino la *Odegitria* (Catecismo de la Iglesia Católica n. 2676), y la *Panagia* la toda santa (Catecismo de la Iglesia Católica n. 493),

Mirando a María podemos comprender el secreto de su alma que, saliendo de si misma, se mueve hacia el encuentro con Dios y con el prójimo manteniendo a Cristo en su corazón:

N. 61. «*En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios*»: En Belén, en la Boda de Cana, en el Calvario.

### **CAPÍTULO TERCERO. A LA LUZ DEL MAESTRO**

En las Bienaventuranzas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas. Aquí, según Francisco, la palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y



vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha. Solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo.

¿Cómo explicar en forma práctica la santidad en la vida, una receta valida para todos? El Papa Francisco nos recuerda las mismas palabras de Jesús:

N. 63. *«Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas».*

Esto significa que toda persona que vive la acción y la presencia del Espíritu Santo, según sus capacidades y disposiciones alcanza la felicidad, es decir la plena satisfacción de si mismo y a los ojos de los demás es una persona bienaventurada porque todos pueden admirar las cosas grandes que Dios ha hecho en ella y se puede reconocer la actuación de la gracia de Dios y la respuesta entre esfuerzos y pruebas de cada quien. Un misterio de amor correspondido y realizado en la vida terrenal:

N.64. *«La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha».* A la luz de esta enseñanza podemos releer con Francisco las bienaventuranzas evangélicas en clave de santificación:

**«Felices los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»**

N. 68. *«Las riquezas no te aseguran nada. (...) por eso Jesús llama felices a los pobres de espíritu, que tienen el corazón pobre, donde puede entrar el Señor con su constante novedad».*

N. 70. *«Lucas no habla de una pobreza «de espíritu» sino de ser «pobres» a secas (cf. Lc 6,20), y así nos invita también a una existencia austera y despojada. De ese modo, nos convoca a compartir la vida de los más necesitados, la vida que llevaron los Apóstoles, y en definitiva a configurararnos con Jesús, que «siendo rico se hizo pobre» (2 Co 8,9). Ser pobre en el corazón, esto es santidad.»*

**«Felices los mansos, porque heredarán la tierra»**

N. 74. *«La mansedumbre es otra expresión de la pobreza interior, de quien deposita su confianza solo en Dios. (...) Reaccionar con humilde mansedumbre, esto es santidad».*

**«Felices los que lloran, porque ellos serán consolados»**

N. 76. *«La persona que ve las cosas como son realmente, se deja traspasar por el dolor y llora en su corazón, es capaz de tocar las profundidades de la vida y de ser auténticamente feliz. (...) Saber llorar con los demás, esto es santidad».*

**«Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados»**

N. 79. *«Es cierto que la palabra «justicia» puede ser sinónimo de fidelidad a la voluntad de Dios con toda nuestra vida, pero si le damos un sentido muy general olvidamos que se manifiesta especialmente en la justicia con los desamparados (...). Buscar la justicia con hambre y sed, esto es santidad».*

**«Felices los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»**

N. 80. *«La misericordia tiene dos aspectos: es dar, ayudar, servir a los otros, y también perdonar, comprender. Mateo lo resume en una regla de oro: «Todo lo que queráis que haga la gente con vosotros, hacedlo vosotros con ella» (7,12).*

N. 82. *«Todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido mirados con compasión divina. Si nos acercamos sinceramente al Señor y afinamos el oído, posiblemente escucharemos algunas veces este reproche: «¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?» (Mt 18,33). Mirar y actuar con misericordia, esto es santidad».*

**«Felices los de corazón limpio, porque ellos verán a Dios»**

N. 85. *«Es cierto que no hay amor sin obras de amor, pero esta bienaventuranza nos recuerda que el Señor espera una entrega al hermano que brote del corazón, ya que «si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Co 13,3).*

N. 86. *«Mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, esto es santidad».*

**«Felices los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios»**

N. 87. *«El mundo de las habladurías, hecho por gente que se dedica a criticar y a destruir, no construye la paz. Esa gente más bien es enemiga de la paz y de ningún modo bienaventurada».*

N. 88. *«Los pacíficos son fuente de paz, construyen paz y amistad social. A esos que se ocupan de sembrar paz en todas partes, Jesús les hace una promesa hermosa: «Ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).*

N. 89. *«[La paz evangélica] tampoco pretende ignorar o disimular los conflictos, sino «aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso». Se trata de ser artesanos de la paz, porque construir la paz es un arte que requiere serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza. Sembrar paz a nuestro alrededor, esto es santidad».*

**«Felices los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos»**

N. 91. *«No se puede esperar, para vivir el Evangelio, que todo a nuestro alrededor sea favorable, porque muchas veces las ambiciones del poder y los intereses mundanos juegan en contra nuestra».*

N. 93. *«Pero hablamos de las persecuciones inevitables, no de las que podamos ocasionarnos nosotros mismos con un modo equivocado de tratar a los demás. Un santo no es alguien raro, lejano, que se vuelve insoportable por su vanidad, su negatividad y sus resentimientos».*

N. 94. *«Aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas, esto es santidad».*

Isabel reconoce en Maria la acción y la presencia del Espíritu Santo, su respuesta personal a visitarla con premura, es decir a pesar de la gestión de su embarazo y por eso: *«Feliz tu que has creído»* y Maria responde: *«todas las generaciones me proclamaran bienaventurada»*. En Maria se cumplen todas las bienaventuranzas, por eso ella es bienaventurada entre todos los bienaventurados.

La Bienaventurada Virgen María es la primera que nos enseña a reconocer lo que Dios ha hecho y hace en nosotros y por eso ella en el *Magnificat* se auto proclama con humildad porque reconoce lo que Dios ha hecho en ella misma y en su pueblo con el cumplimiento de las promesas mesiánicas, en ella se da la sencillez de corazón, la llena de la paz de Cristo, sin rencor a pesar de sufrir los rechazos de los que adversan a Cristo, ella, consolada por el Paráclito, es consoladora de los afligidos a pesar de sus desconsuelos por la pasión y muerte de su Hijo y a causa de nosotros que lo buscamos, es esta llena de la misericordia del Padre en Hijo por el Espíritu Santo para implorar misericordia: dice al Hijo: «*no tienen vino*» para el banquete sacrificial pascual y así nos indica el camino a seguir «*Hagan lo que Él les diga*» (Jn 2, 1-11).

El Papa Francisco define la misericordia como el corazón palpitante de Dios (GetEx n. 95) por lo cual estamos llamados con seriedad en el camino de la santificación vivir de manera entrañable la misericordia en todo tiempo. El precisa esta actitud cristiana de implorar misericordia de Dios y realizar la misericordia consigo mismo y con los demás siguiendo *el protocolo* de las obras que manifiestan esta manera de vivir cristianamente siguiendo las mismas enseñanzas de Jesús en el capítulo 25 del evangelio de Mateo (vv. 31-46). No se puede definirse uno cristiano sin entenderla ni vivir al margen de estas exigencias tuyas (GetEx n. 97), N. 98. «*¿O acaso puede entenderse la santidad al margen de este reconocimiento vivo de la dignidad de todo ser humano?*». El peligro es vivir entonces la dimensión ideológica, es decir mentalizada por un convencimiento de carácter filosófico, como el materialismo histórico, sin el espíritu de misericordia que Cristo nos da con su sangre ofrecida para el perdón de los pecados. El Papa Francisco nos advierte al respecto:

N. 100. «*Lamento que a veces las ideologías nos lleven a dos errores nocivos. Por una parte, el de los cristianos que separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con él, de la gracia. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG, quitándole esa mística luminosa que tan bien vivieron y manifestaron san Francisco de Asís, san Vicente de Paúl, santa Teresa de Calcuta y otros muchos*».

Francisco nos indica los peligros subyacentes que pueden desvirtuar, atenuar o anular el valor de la verdadera misericordia en acción: N. 107. «*Quien de verdad quiera dar gloria a Dios con su vida, quien realmente anhele santificarse para que su existencia glorifique al Santo, está llamado a obsesionarse, desgastarse y cansarse intentando vivir las obras de misericordia*».

De igual manera el materialismo consumista también puede engañar en el resultado final de la santidad, con el gasto innecesario, la falta de austeridad, la insatisfacción que crea una insaciable hambre y sed de poseer, el hedonismo o lógica del placer por encima de la valoración de la persona humana»: N. 108. «*En medio de esta vorágine actual, el Evangelio vuelve a resonar para ofrecernos una vida diferente, más sana y más feliz*». El llamado a conocer, venerar, y promover la vida de los santos es fundamental para aprender a vivir esa comunión de los santos para tomar de ellos el ejemplo y la intercesión en vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Así seremos genuinamente felices y capaces de entender y vivir nuestra santidad en Cristo todos los días (N. 109).

Entre los santos emerge con fuerza el testimonio de la Bienaventurada siempre Virgen Santa María, madre de Dios y Nuestra, no solo en su vida terrenal sino también celestial, se realiza en su virginidad, su sponsalidad, su maternidad, su camino de fe y de fidelidad, de esperanza con perseverancia. Por eso en María los dones del Espíritu fructifican y toda la Iglesia queda no solo admirada de tanta santidad de espíritu sino además enriquecida con su maternal ejemplaridad y que nos ayuda a todos a recorrer el camino de la santificación con su ejemplo e intercesión rogando con gemidos inefables al Espíritu por nosotros (Rom 8, 26)

Así el Espíritu despierta en nosotros con María madre en el orden de la gracia santificante el corazón dormido de hijos y hermanos en Cristo: *«María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. Así María hace que la Iglesia se sienta familia»*. (Documento de Puebla n.295), y construye paulatinamente y orgánicamente y místicamente la Iglesia cuerpo de Cristo.

## **CAPÍTULO CUARTO. ALGUNAS NOTAS DE LA SANTIDAD EN EL MUNDO ACTUAL**

El Papa Francisco se refiere en este capítulo del documento a «algunos aspectos de la llamada a la santidad que espero sean especialmente significativos,» en forma de «cinco grandes expresiones de amor a Dios y al prójimo que considero particularmente importantes a la luz de algunos peligros y limitaciones presentes en la cultura actual.»

Vivir la santidad cotidiana según el estado de vida que cada bautizado ha tomado y elegido es un asunto que implica a diario dos cosas, dos movimientos del alma del cuerpo y del espíritu depositado en nosotros por el bautismo:

1) actualizar el mensaje evangélico al momento, la circunstancia que estamos viviendo, abriéndonos a la inspiración a la moción del espíritu en el corazón que traspasa la mente y la conduce hacia Dios cada vez, y nos puede ayudar en la intuición espiritual, pastoral y litúrgica. Si es necesario el discernimiento como don del Espíritu de igual manera es necesaria la intuición como fruto del discernimiento en el mismo espíritu de Cristo. Así es que se construye y se vive el ser Iglesia para el reino de Dios.

2) contextualizar la Palabra encarnada para interpretarla según el Espíritu nos muestre su originalidad, riqueza, versatilidad, plasticidad, creatividad y así descubrir en Jesucristo esa fuente inagotable de propuesta divina en lo humano y de respuesta humana en lo divino en cada circunstancia buena o mala que sea. Si miramos María Asunta y Glorificada en su testimonio de vida y desde su presencia pneumatológica en la Iglesia podemos analizar estas dos actitudes de la actualización y de la contextualización de la Palabra encarnada en María como Iglesia Viva.

Por esto el Papa Francisco explica que para vivir la santificación en el mundo actual es necesario mantenerse en pie de lucha espiritual, sin decirlo diciéndolo: como y con María. Él explica que no se detiene sobre los medios de santificación ya conocidos:

N. 110. *«Los distintos métodos de oración, los preciosos sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación, la ofrenda de sacrificios, las diversas formas de devoción, la dirección espiritual, y tantos otros. Solo me referiré a algunos aspectos del llamado a la santidad que espero resuenen de modo especial»*.

Francisco en este capítulo de su exhortación Apostólica menciona cinco elementos o enfermedades actuales que afectan la vida del cristiano hoy y le dificultan el camino de santificación:

N. 111. *«Son cinco grandes manifestaciones del amor a Dios y al prójimo que considero de particular importancia, debido a algunos riesgos y límites de la cultura de hoy. En ella se manifiestan: la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y nos debilita; la negatividad y la tristeza; la acedia cómoda, consumista y egoísta; el individualismo, y tantas formas de falsa espiritualidad sin encuentro con Dios que reinan en el mercado religioso actual»*. El Papa propone entonces como respuesta cinco actitudes o remedios espirituales, personales, eclesiales y sociales donde podemos vislumbrar unos gestos marianos porque muy familiares, femeninos, maternos, filiales y fraternales de una Iglesia que se profesa cristiana:

### - **Aguante, paciencia y mansedumbre**

N. 112. «Estar centrado, firme en torno a Dios que ama y que sostiene. Desde esa firmeza interior es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos», sin mirar desde arriba juzgando los demás y así apocarlos, marginarlos, descartarlos, porque «eso es una sutil forma de violencia». (ExetG n.117). Diríamos hoy en día *un bulling espiritual*. Es necesaria la humildad que se acrecentando solo por medio de las humillaciones. «La santidad que Dios regala a su Iglesia viene a través de la humillación de su Hijo, ése es el camino». (ExetG n.118). Es el camino de unión con Jesús imitándole (ExetG n.118).

María por su lado guardaba todas estas cosas en su corazón, en cada circunstancia que vivió eucarísticamente hablando, es decir uniendo, por el mismo Espíritu Santo, sus sacrificios espirituales al de Cristo su Hijo, con la misma entrega maternal unida a la filial, y doxológicamente glorificando a Dios uno y Trino como mujer de comunión: es decir *con Jesús y por Jesús y en Jesús*: en Nazaret, en Belén, en Egipto, en el Templo, en Cana, en la Sinagoga, en el Calvario, en el Cenáculo.

### - **Alegría y sentido del humor**

Francisco nos indica esta segunda actitud fundamental de la alegría y sentido de humor:

N. 122. «Lo dicho hasta ahora no implica un espíritu apocado, tristón, agriado, melancólico, o un bajo perfil sin energía. El santo es capaz de vivir con alegría y sentido del humor. Sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado.» El Ángel dijo: «Alégrate María el Señor está contigo» y ella también respondió, quien sabe si no solo preocupada, sino más bien jocosa o con sentido de humor: «¿Cómo va a ser posible eso, sino no conozco varón»

### - **Audacia y fervor**

El Señor nos pide valor y obediencia en el dar testimonio, movidos por el Espíritu para actuar:

N. 129. *Al mismo tiempo, la santidad es parresía: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Para que sea posible, el mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: «No tengáis miedo»*, como se le dice a María sin la apariencia de la superficialidad y el conformismo, o del miedo con el cual nuestra conciencia puede quedar atrapada (ExetG n. 135). También el Papa Francisco nos invita a una seria reflexión evangélica para el deseo de una auténtica santidad personal que se hace eclesial y social es decir para todos si es de verdad desinstalada:

N. 138. «La Iglesia no necesita tantos burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante».

La Iglesia es manifestada por la misión del Espíritu Santo que por lo tanto promueve toda evangelización dándole ese espíritu de audacia y fervor que necesita:

«Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le encargó realizar en la tierra, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que santificara continuamente a la Iglesia» (LG 4). Es entonces cuando «la Iglesia se manifestó públicamente ante la multitud; se inició la difusión del

*Evangelio entre los pueblos mediante la predicación» (AG 4). Como ella es «convocatoria» de salvación para todos los hombres, la Iglesia es, por su misma naturaleza, misionera enviada por Cristo a todas las naciones para hacer de ellas discípulos suyos, (cf. Mt 28, 19-20; AG 2,5-6)». (Catecismo de la Iglesia Católica n. 767)*

María salió con premura, dice el Evangelio de Lucas, a visitar a su prima Isabel, no para corroborar las palabras del Ángel, sino llena de audacia y fervor arriesgando su embarazo por las dificultades de un camino montañoso, a lomo de bestias y a pie, como los viajeros de la época, con el fervor de la creyente llena del Espíritu y de la presencia de Cristo, Cristófora y Pnematófora, discípula y misionera en su maternidad mesiánica: anuncio, mensaje y comunicación propio de toda evangelización llena de *Parresía* es decir de audacia y fervor: *«La visitación de María a Isabel se convirtió así en visita de Dios a su pueblo»* (Catecismo de la Iglesia Católica n. 717)

### - **En comunidad**

La Iglesia es comunidad en Cristo, es vivencia de comunión. Jesús dijo: *«Donde están dos o tres reunidos en mi nombre yo estaré presente»* (Mt 18, 20). Y esta presencia del Señor que Él nos prometió es garantía de unidad, de protección del malo mientras que permanezcamos en comunión. La confrontación con nuestras tendencias interiores movidos por los deseos de la carne y del mundo, obliga a mantener una lucha que si se realiza a solas perecemos la mayoría de las veces y perdemos el sentido del camino de la santificación interior.

N. 140. *«Es muy difícil luchar contra la propia concupiscencia y contra las asechanzas y tentaciones del demonio y del mundo egoísta si estamos aislados. Es tal el bombardeo que nos seduce que, si estamos demasiado solos, fácilmente perdemos el sentido de la realidad, la claridad interior, y sucumbimos»*. El Papa nos invita a valorar, para la búsqueda de la santidad, la importancia de la vida comunitaria, en especial dice dos en dos, recordando el envío de dos en dos, como los primeros discípulos y los de Emaús (ExetG n. 141). La comunidad es garantía de intimidad, fidelidad recíproca, amistad y amor de detalles, de reconciliación, un espacio abierto y evangelizador.

*«Es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre»* (ExetG n. 145). La santificación es la experiencia de la comunidad santa trinitaria que se hace presente en el corazón del hombre en su triple dimensión antropológica y espiritual de hijo de su padre, de padre de su hijo y hermano de sus hermanos. Es la vivencia de la reciprocidad en Cristo, con Cristo y por Cristo que nos va santificando a imagen y semejanza del misterio del Dios humanado y del hombre divinizado por Cristo.

Con María la Iglesia vive su experiencia y camino maternal y filial de santificación mejor logrado en comunidad, primero familiar, es decir con Jesús y José, y después familiar con Isabel, Zacarías, sus padres y parientes, y por último con los discípulos de Jesús que ella asume como madre al tanto al pie de la cruz como en el Cenáculo. Al pie de la cruz Jesús exhaló su espíritu sobre ellos y dos y las santas mujeres (Jn 19, 30) y después en el Cenáculo cuando Jesús se apareció a los apóstoles y envió su espíritu sobre ellos (Jn 20, 22). Una experiencia personal e interpersonal de dramática ternura e intimidad con el Señor, marcada por la muerte, el sufrimiento y la gloria de la exaltación de la santa cruz que unifica cielo y tierra, cuerpo, alma y espíritu. María vivió ese dulce encuentro doloroso que le aseguró el encuentro definitivo con Dios en su muerte en vida terrenal: *«Muero porque no muero, y tan alta vida espero que muero porque no muero»* (Santa Teresa de Jesús).

La santidad, así como lo vivió María, es la crucifixión del alma en plena comunión con el dolor del Padre, la muerte del Hijo y la compasión del Espíritu Santo: «Y a ti una espada te atravesará el corazón para que las intenciones de muchos corazones se pongan de manifiesto», (Lc 2, 34-35). Y al mismo tiempo en plena comunión santificante con el sufrimiento de la Iglesia Familia de Dios. La comunidad es garantía de un camino mancomunado espiritual y pastoral de profundo arraigo mistagógico eucarístico y reconciliador que litúrgicamente santifica todo gesto y pensamiento, acto y esencia en plena unión con el Redentor. En María esta dolorosa santificación intercesora y mediadora en el mediador que es Cristo es comunitaria y participativa, porque participa de la obra de la redención en íntima asociación de amor y cooperante con el mismo Espíritu cooperante a favor de la comunidad porque coopera en la realización de la misma obra de la redención salvadora en cada miembro de la misma comunidad. Un proceso de intimidad entre la madre amada, el discípulo amado y el Señor amante y amado a la vez (Jn 19, 25-26).

#### - En oración constante

Orar es el camino del camino de la santificación. No puede haber santidad si no existe oración continua que desde nuestro espíritu se eleva o se interioriza hacia lo profundo del alma en el propio corazón y se une al espíritu divino que después lo deja percibir en el alma de cada persona creyente. El Papa Francisco describe así la persona orante:

N. 147. «El santo es una persona con espíritu orante, que necesita comunicarse con Dios. Es alguien que no soporta asfixiarse en la inmanencia cerrada de este mundo, y en medio de sus esfuerzos y entregas suspira por Dios, sale de sí en la alabanza y amplía sus límites en la contemplación del Señor. No creo en la santidad sin oración, aunque no se trate necesariamente de largos momentos o de sentimientos intensos». Memoria y presencia entretienen el sentido de la oración orante que santifica:

N. 153. «No sólo del recuerdo de la Palabra revelada, sino también de la propia vida, de la vida de los demás, de lo que el Señor ha hecho en su Iglesia». Por esto vale la oración constante de intercesión que pide para uno mismo solo pidiendo por el otro. Así se cumple con la oración santificante la perfecta coordinación entre compromiso, solidaridad, comprensión y servicio. Es un ponerse en el lugar del otro y así recibiendo dando al mismo tiempo (ExetG n. 153):

N. 154. «La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños».

La Virgen María recibe la visita del ángel allí donde ella se encontraba en su aposento interior mientras estaba en su quehacer diario de la vida doméstica, (Lc 1, 26). Ella vive entonces un estado de oración permanente, es decir de plena comunicación consigo misma en el Espíritu y esa continuidad constante le garantiza una plena absorción en el Espíritu que es santo y que por lo tanto la santifica en cada circunstancia de la vida entrelazada entre el misterio de Cristo su Hijo y la Iglesia la nueva familia que el le regala y a la cual María pertenecía no por rango o por derecho sino por condición esencial de su ser madre del Hijo y hija del mismo Hijo que la redime y la rescata desde su intimidad como persona generada por Dios.

Por eso por su oración terrenal y celestial se puede definir María como *la omnipotencia suplicante* (San Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 20). María ora con la Iglesia y por la Iglesia y la oración de María es la oración de la misma Iglesia, no se acaba, siempre se restaura y renueva espiritualmente e lleva al camino de la santificación continua aprovechando cada momento de encuentro con el Hijo y con los hijos que Jesús le deja en su corazón hasta que vuelva.

## CAPÍTULO QUINTO. COMBATE, VIGILANCIA Y DISCERNIMIENTO

El diablo está presente desde las primeras páginas de las Escrituras. No pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. No bajemos la guardia para acabar más expuestos. Nuestro camino hacia la santidad es un combate constante para el que tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la devoción mariana etc. El combate espiritual es justo y necesario para contrarrestar el efecto de la tentación en la prueba *«En comunión con el Maestro, la oración de los discípulos es un combate, y velando en la oración es como no se cae en la tentación»*, (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2612):

N. 158. *«La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida»*. Por esto la belleza es moralmente la expresión directa de la santidad de vida que no deja de combatir, vigilar y discernir, y dejar hacer brotar la intuición según el Espíritu de Cristo que nos quiere santificar y quiere que ayudemos a santificar el mundo. La belleza de María y su *Via Pulchritudinis* (camino de la belleza) es el camino de la belleza interior y externa que se alcanza por el Espíritu en la victoria en Cristo en la lucha espiritual que alcanza el éxito de la resurrección en el fracaso de la cruz.

La lucha espiritual es un combate encarnizado en el corazón entre la obra de Dios que construye y el maligno que la quiere destruir (ExetG n. 153). Hay que estar conscientes que el mal se hace presente de forma personalizada pero el Señor ha dicho: *«Estas cosas les he hablado para que en Mí tengan paz. En el mundo tienen tribulación; pero confíen, Yo he vencido al mundo»*. (Jn 16, 33): Es necesario el discernimiento de espíritu para poder seguir caminando en la santificación:

N. 160. *«No aceptaremos la existencia del diablo si nos empeñamos en mirar la vida solo con criterios empíricos y sin sentido sobrenatural. Precisamente, la convicción de que este poder maligno está entre nosotros, es lo que nos permite entender por qué a veces el mal tiene tanta fuerza destructiva»*. Pero cómo alcanzar el discernimiento. Es pidiendo:

N. 166. *«¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir»*.

María pregunta al ángel: *¿Cómo va a ser posible esto?* Es la pregunta más importante del Evangelio, es la pregunta del discernimiento, que la lleva a intuir y aceptar que esta revelación viene de Dios y no es un juego maligno o eventualmente el fruto de su cabeza influenciado por un deseo meramente humano. María pide discernimiento y alcanza la gracia dentro de la gracia y por eso es plena su condición personal y al ser plena es santa y es feliz: *«Mi espíritu se alegra en el Señor»*.

María escucha, pregunta, reflexiona, acepta, y sale de prisa. Ella realiza la primera *Lectio Divina* cuyo fruto es el discernimiento espiritual que lleva a la intuición según el mismo Espíritu de Cristo: N. 173. *«El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado. Únicamente el Espíritu sabe penetrar en los pliegues más oscuros de la realidad y tener en cuenta todos sus matices, para que emerja con otra luz la novedad del Evangelio»*.



Aquí se concluyen los ejercicios espirituales de Francisco invocando la santidad para toda la Iglesia en ruina y restaurarla. Y es justamente con María, la toda santa, la feliz porque ha creído, la bienaventurada, que el Papa cierra capítulo:

N. 176. *«Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...».*

El Papa no se da cuenta, o mejor dicho, actúa sin querer queriendo. Habla de María al final pero la tiene presente a lo largo de todo este llamado a la santidad en la vida cotidiana porque sabe que María es la toda santa y santifica con su presencia maternal a toda la Iglesia hasta el final cuando su Hijo regrese para recapitular todo y presentarlo al Padre. Es la victoria del Espíritu Santo enviado por el Padre y el Hijo a restablecer, purificar y renovar todo.

El mensaje final de María, mujer de la Apocalipsis (12, 1-18), es fundamental para comprender el rol cooperante de María como madre en el orden de la gracia para el restablecimiento del orden universal de los corazones, en Cristo, por Cristo y con Cristo. Ella con sus dolores de parto para cada uno de los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, participa maternalmente de la acción exorcista liberadora y sanadora de Cristo como garante y parte del misterio de la redención. Donde está la mujer vestida de sol está el dragón la serpiente antigua. ¿Quiere ver dónde está el demonio? Mira donde está la Iglesia mariana lo encontrará luchando con Ella y contra sus hijos y los que siguen al Señor Jesucristo para cumplir sus mandatos.

Ella es definitivamente la Nueva Eva. Con su bienaventuranza, síntesis que resume todas las bienaventuranzas, Ella nos educa en la escucha de la Palabra, promueve maternalmente la libertad de los hijos de Dios y así nos acompaña en nuestras luchas diarias para alcanzar la santificación.

### **En conclusión ¿qué nos pide el Papa Francisco?**

Para el Papa Francisco lo primero es la impostergable renovación eclesial: la conversión pastoral y misionera desde el corazón del Evangelio solo se promueven desde un camino de santidad que suscite y renueve el corazón de cada cristiano y a la misma Iglesia como comunidad viva y santificada y santificante. El capítulo primero de la exhortación apostólica obedece al título de *«la transformación misionera de la Iglesia»* (EG 19-49). Todo arranca del mandato misionero del Señor que funda la Iglesia de todo tiempo y la configura según esa modalidad de *«Iglesia en salida»*: *«Id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo lo que os he mandado»* (Mt 28, 19-20). Francisco habla de *«una impostergable renovación eclesial»*: *«Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la auto-preservación»* (EG 27).

En este mensaje encontramos el centro teológico, pastoral, y espiritual de la recién Exhortación Apostólica *«Gaudete et Exultate»*: la santidad es necesaria para la Iglesia, y en el

sentido mariológico y eclesiológico así como María es necesaria para comprender, vivir y anunciar con Ella y como Ella el evangelio de la vida santa movida por el Espíritu.

### **¿Por qué María es Madre de la Iglesia?**

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha hecho público, también en este año 2018, el Decreto sobre la Celebración de la Bienaventurada Virgen María Madre de la Iglesia en el Calendario Romano General:

*«La gozosa veneración otorgada a la Madre de Dios por la Iglesia en los tiempos actuales, a la luz de la reflexión sobre el misterio de Cristo y su naturaleza propia, no podía olvidar la figura de aquella Mujer (cf. Gálatas 4, 4), la Virgen María, que es Madre de Cristo y, a la vez, Madre de la Iglesia. Esto estaba ya de alguna manera presente en el sentir eclesial a partir de las palabras premonitorias de san Agustín y de san León Magno. El primero dice que María es madre de los miembros de Cristo, porque ha cooperado con su caridad a la regeneración de los fieles en la Iglesia; el otro, al decir que el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo, indica que María es, al mismo tiempo, madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de los miembros de su cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Estas consideraciones derivan de la maternidad divina de María y de su íntima unión a la obra del Redentor, culminada en la hora de la cruz.»*

El mismo San Pablo nos dice en la Carta a los Gálatas: *«Hijitos míos, de nuevo sufro por ustedes dolores de parto, hasta que Cristo haya tomado forma en ustedes»* (Gal 4, 19), para indicarnos el sentido profundo entre la maternidad espiritual para con nosotros en el orden de la gracia que es la de María, y la maternidad de la Iglesia que engendra en el Bautismo por la sangre de Cristo a cada cristiano. Misterio de la fe que se genera en el misterio pascual de Nuestro Señor y de toda la Iglesia por la efusión de su Espíritu en la cruz (Jn 19, 30) y en Pentecostés (Hechos 1, 14):

*«En efecto, la Madre, que estaba junto a la cruz (cf. Juan 19, 25), aceptó el testamento de amor de su Hijo y acogió a todos los hombres, personificados en el discípulo amado, como hijos para regenerar a la vida divina, convirtiéndose en amorosa nodriza de la Iglesia que Cristo ha engendrado en la cruz, entregando el Espíritu. A su vez, en el discípulo amado, Cristo elige a todos los discípulos como herederos de su amor hacia la Madre, confiándosela para que la recibieran con afecto filial.»*

María Divina Pastora de las almas es la imagen perfecta de la Iglesia que como madre de Cristo, el Cordero Inmaculado y Santo, pastorea con el báculo, o bastón pastoril, a las ovejas que lo siguen y las guía por los caminos santos de compromiso, servicio, pastoralidad de la Iglesia comunidad viva y santa por la fe en Cristo:

*«María, solícita guía de la Iglesia naciente, inició la propia misión materna ya en el cenáculo, orando con los Apóstoles en espera de la venida del Espíritu Santo (cf. Hechos 1, 14). Con este sentimiento, la piedad cristiana ha honrado a María, en el curso de los siglos, con los títulos, de alguna manera equivalentes, de Madre de los discípulos, de los fieles, de los creyentes, de todos los que renacen en Cristo y también «Madre de la Iglesia», como aparece en textos de algunos autores espirituales e incluso en el magisterio de Benedicto XIV y León XIII.»*

De esta manera la devoción a la Divina Pastora nos invita a recurrir este camino de santidad para encontrarnos con las fuerzas vivas de la Iglesia Arquidiocesana y fortalecer el testimonio de Nueva Evangelización que el Señor nos pide en cada tiempo y destiempo y que la misericordia

divina nos ofrece con su santa providencia para transformar el mundo con la caridad. ¡Con la devoción de la Divina Pastora la Iglesia Barquisimetana celebra su maternidad y su santidad!

## **APENDICE FINAL: ESQUEMA DE LA RUTA DE LA SANTIDAD PARA EL PRÓXIMO 14 DE ENERO 2019**

### **Objetivo General de la Ruta de la Santidad**

Este año en comunión con el Papa Francisco queremos «hacer resonar una vez más el llamado a la santidad, procurando encarnarlo en el contexto actual, con sus riesgos, desafíos y oportunidades. Porque a cada uno de nosotros el Señor nos eligió «para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor».

Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad, porque «esta es la voluntad de Dios: La santificación» (1 Ts 4,3). Cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio.

Se nos invitara a «Preguntarle al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy. Ojala puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida». Por eso en esta Ruta de la Santidad, Déjate transformar, déjate renovar por el Espíritu, para que eso sea posible, y así tu preciosa misión en esta tierra se pueda realizar. María es la santa entre los santos, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña.

Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez, como nos sugiere Francisco: «*Dios te salve, María...*». ¡Y así vivamos nuestra Ruta de la Santidad!

### **En seguida se presentan los distintos puntos de encuentro de la ruta de la Santidad y su significado espiritual y pastoral:**

1. *María Divina Pastora, Madre de la Iglesia: La Divina Pastora es la imagen mariana que expresa la maternidad y la pastoralidad de la Iglesia de Cristo que acompaña, cuida, consuela y fortalece a los miembros de la grey del Señor.*
2. *María Joven y los jóvenes: La juventud es la edad de María en el misterio de la Encarnación. Ella como joven entre los jóvenes invita a la alegría y al compartir con su Hijo, Ella como virgen permanece intacta y puro como modelo de castidad para la juventud.*

3. *María y la santidad en la familia: En, y desde Nazaret, Jesús con María y José construyen en el día a día el programa de santidad familiar de la Iglesia doméstica y de toda la Iglesia familia de Dios.*
4. *María educadora de la santidad: María nos educa en la santidad buscando de despertar en cada uno de nosotros el corazón filial que puede decir Abba, Padre! Según el mismo Espíritu que nos santifica como hijos y hermanos. Ella está educándonos con su camino de fe a permanecer y perseverar en la santificación hasta la cruz.*
5. *María formadora de cristianos: Ella promueve el modelo de santidad para los laicos, sacerdotes, religiosos y religiosas, ayudando a formar a Cristo en nuestro corazón y en nuestra vida.*
6. *María y la santidad en el servicio pastoral: «Hagan lo que Él les diga» es la invitación a servir que nos hace María indicándonos a seguir a Jesús camino verdad y vida, el Buen Pastor que da su vida por las ovejas para también nosotros desgastarnos y santificarnos en la caridad pastoral de la Iglesia.*
7. *La caridad y la santidad de María: «No tiene vino» es la preocupación de María como madre de todos que se interesa en promover la conciencia cristiana de la iglesia como comunidad que vive la comunión de los bienes espirituales y materiales y así santificar y santificarse en el mundo.*
8. *María en la religiosidad popular y la santidad del pueblo de Dios: Con María podemos cantar: «Todas las generaciones me proclamarán bienaventurada», reconociendo el obrar de Dios en su vida. También nosotros, con María y como María, promovemos la santificación del Pueblo de Dios que la venera y la honra con distintas devociones populares evangelizando desde su camino y testimonio de santidad..*
9. *María discípula y misionera de la Palabra: Con premura María deja a Nazaret para ir a visitar a su prima Isabel a la espera de su hijo. María actúa con premura, sencillez y espíritu de servicio a la Palabra anunciada, recibida, encarnada, llevada y transmitida para santificar, como lo hacemos todos los discípulos misioneros del Señor.*
10. *María compañera en el camino de la santidad y modelo de servicio: María acompaña a Jesús desde la Anunciación hasta el Calvario y después lo sigue haciendo con la comunidad de los discípulos a la espera del Espíritu Santo para que seamos también santos.*
11. *María y las Bienaventuranzas: Le dice Isabel a María; Dichosa tú, santa tú, bienaventurada tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá. María es la bienaventurada que nos guía en las bienaventuranzas para ir al cielo y ser santos entre los santos desde acá viviendo la santidad de lo cotidiano. La santidad de María es el vivir las bienaventuranzas todos los días en nuestro que hacer, servicios y compromisos, sociales, eclesiales, familiares.*
12. *María comunicadora de la santidad: María promueve el camino de santidad comunicándolo. Ella lo comunicó a sus familiares, amigos, vecinos, discípulos y ahora desde el cielo es la gran comunicadora social de la santidad de Dios que opera en su vida, dando a conocer lo sobrenatural de la vida de Dios que opera en nuestras vidas por la vivencia de los misterios de Cristo y de la Iglesia.*

*Ella es nuestra Santa Madre, la de arriba, la Jerusalén celestial, la esposa engalanada, que espera la plena victoria final de Cristo, su Hijo y nuestro Hermano, procurando la maduración de los frutos de santidad de todo los cristianos de buena voluntad. **¡Los esperamos el próximo 14 de enero en la ruta de la Santidad!***